

## FINALISTA ESTATAL



### FELICIDAD

Elena de Lamo García

**IES Matilde Salvador (Comunidad Valenciana)**

He vuelto a tener ese sueño. El payaso me vuelve a molestar, es un hombre con la mirada perdida, pero que siempre sonríe; y es que es imposible quitarle la sonrisa de la cara, con sus dientes perfectos y su maquillaje de payaso. Él siempre va vestido con monos de alegres colores, nunca negros, grises ni marrones. En todo este tiempo he observado que cuando al día siguiente hace sol va con el mono verde; cuando hace frío, de azul; si llueve, de amarillo. Me dice que se llama Felicidad, aunque yo le llamo Feliz, porque Felicidad es nombre de mujer.

Yo juego al baloncesto, ahora mismo es una de las cosas más importantes de mi vida. Se podría decir que soy buena y que en la cancha lo doy todo. El problema es que hace tiempo que tengo una lesión en la rodilla; los médicos dicen que es grave y yo lo sé, también dicen que me lo deje porque no debería jugar pero no estoy de acuerdo. Los entrenadores me han hecho ir a los mejores médicos y dicen que les haga caso, mis padres también dicen que me lo deje, pero yo pienso: ¿Son los mejores médicos y solo saben decir eso? Dicen que si ahora lo dejo puede que dentro de unos años pueda volver, pero también dicen que no.

Cuando ya casi me han convencido para dejármelo, el payaso vuelve a aparecer en mis sueños, con su mirada de loco y su sonrisa. Me dice: ¿Por qué tendrías que dejarlo si te gusta? Tienes que ser feliz y si eso te hace serlo... ¡Adelante! Cuando me despierto vuelvo a lo de siempre: no quiero dejarlo, es lo que me gusta, no me duele tanto...

Intento convencerme a mi misma de que no es para tanto, que se curará con el tiempo. Pero se que no es así, se que la rodilla me duele cuando empiezo a jugar y también se que seguiría jugando el resto de mi vida con la rodilla a cuestas. Luego está cuando llego a la casa cojeando y mi padres me echan la charla, ahí es cuando empiezo a pensar que es lo mejor para mí. Y como siempre, cuando ya estoy casi convencida, vuelvo a soñar con el payaso y me desbarata las ideas.

Hoy he hecho un partido, he entrenado con todas mis fuerzas para demostrar mi esfuerzo. Cuando empezó, metí la primera canasta, metimos 16 puntos en un solo tiempo y entramos a banquillo. Cuando volví a salir dispuesta a dejarles impresionados,

con el balón en las manos corría por delante de las demás, fue entonces cuando noté una fuerte punzada en la rodilla y caí al suelo. Mi entrenador vino a levantarme mientras yo no paraba de llorar, lloraba porque acaba de tomar una difícil decisión. Mientras me llevaban hacia el banquillo me repetía una y otra vez: Vigila al payaso chiflado, fue el responsable del error. Y decidí hacer lo que debía, hablé con mi entrenador y lo deje en ese mismo momento, pues no quería esperar a que el payaso me volviera a convencer.

Cuando volví del médico tenía malas noticias: me había dicho que seguramente no jugaría más, que tendría que haberlo dejado en un principio. Mientras volvía en el coche solo pensaba que la culpa la tenía el payaso, si no fuera por él lo habría dejado antes, ese fue mi error. Aquella noche volví a soñar con él, me sorprendí al verle. Llevaba un mono negro y ya no sonreía ni tenía esa mirada de loco, ahora me miraba con decepción y se echaba a llorar.

Fue entonces cuando comprendí que aquel payaso eran mis sentimientos y siempre lo habían sido.

Pasaron tres años, en los que fui a cada partido y me sentaba en el banquillo como una más. Días en los que me acordaba del payaso llorando y días en los que me esforzaba por mantener las lágrimas. En esos tres años no soñé muchas veces con el payaso, pero me acordaba de sus lágrimas constantemente.

Ahora es el cuarto año que llevo sin jugar pero hoy me siento completamente feliz. Los médicos me han dicho que estoy bien, que puedo volver a intentarlo y es lo que voy a hacer. Tengo puesto el equipaje y ya estoy en el coche.

Cuando llego todas me están esperando y las lágrimas caen por mis mejillas, esta vez son lágrimas de alegría.

Ha acabado el entrenamiento y aunque estoy agotada, nunca había estado tan feliz.

A la mañana siguiente era la chica más feliz del mundo, el payaso había vuelto visitarme, con un mono de todos los colores, unos ojos llenos de alegría y la sonrisa más espléndida que había visto nunca.